

Amalia Decker

*Tardes*  
de lluvia  
y chocolate



Grupo Editorial

Kipus

# Él: preludio de mis recuerdos

No. No es fruto de un ensueño. Apenas me acaba de ocurrir y de pronto, como un milagro repentino, me he sentido increíblemente feliz: un hombre prohibido descubrió mi ombligo. Mi estado de exaltación es desbordante, aunque sé de sobra que la felicidad no es sino una sumatoria de instantes que se puede diluir en un santiamén. Con la desdicha suele ocurrir algo parecido.

De tan largos que fueron, no sé cuántos años han transcurrido marcados por la inercia, la confusión y la omisión de mí misma. Ésos en los que yo creía que mi universo empezaba y terminaba en el horizonte amurallado que me prometía el hombre con quien me había casado. Ahora, cuando por suerte esto ha quedado atrás, debo admitir que esa prisión a la que me sometí por propia voluntad –porque la creía mi mejor destino como mujer– había durado más allá de lo soportable. La convicción se hizo aún más clara cuando descubrí que al túnel nebuloso del que surgen las decisiones había que incorporar ese camino largo, doloroso a veces y a veces dichoso, por el que han recorrido la vida todas las mujeres de mi familia. Y no es que intente añadir más enigmas donde ya existen tantos, no, simplemente quiero encontrar el hilo de los laberintos. Esos recuerdos que evoco gracias a genes, cartas viejas, daguerrotipos, relatos entrecortados e intuiciones, me han preparado, mediante obsesiones y habilidades, para seducir, contar historias, sobrevivir y prolongarme en el tiempo.

Mucho antes, sin siquiera darme cuenta, ya me había convertido en la memoria, en una especie de puente bajo el cual pasan las aguas turbulentas de las pasiones que me precedieron, que aturdieron y arrastraron incontrolablemente incluso a quienes sólo se detuvieron a contemplarlas. Desde este puente miro hacia el tiempo y pienso que en mí se ha encarnado la materia intangible de la evocación familiar.

Creo que no me había dado cuenta del momento ni la forma en que llegué a recoger el desafío que la vida me dejó a la mano. Quizá tuve que pasar por sensaciones similares a las que experimentaron las mujeres que dieron origen a mi cepa. Por mucho tiempo fui sólo la custodia de esos recuerdos que lentamente se iban apagando; ahora siento el imperativo de narrar esos encargos venidos de tan lejos, es como si de pronto mi conciencia extraviada encontrara el sendero por donde debo caminar hasta encontrar la transparencia de mi origen.

Recordar es aventurarse en recovecos y escondites de la vida de una misma en relación con muchas personas más; es arriesgarse a descubrir misterios y vergüenzas que tal vez fuera mejor dejar suspendidos para siempre en el olvido; es hablar de otros para cometer infidencias que supuestamente ya no afectan; es traicionar secretos de confesiones angustiosas y herméticas. Pero creo tener la compulsión de Ariadna: necesito salir y ayudar a salir del laberinto; no soporto la idea de echar en saco roto los recuerdos, de empedrarlos, de emparedarlos para siempre en el depósito evanescente de mi memoria.

Contar es también pelear contra el silencio atávico. Contra el hábito de la soledad de tantas generaciones de mujeres que no quisieron o más bien no supieron hacer escuchar sus sentimientos. Tatarabuelas, bisabuelas, abuelas, madres que no fueron capaces de llenar, con fanfarrias y trompetas, con gritos de alegría y placer, esos instantes por los que vale la pena vivir. O de llorar frente al mundo por aquellos otros momentos, los aciagos, que prefirieron sepultar en carne viva para envejecer prematuramente, quedarse mudas, tullidas, engordar o secarse o recluirse en ropas oscuras y altares sin respuesta. Trataré de abrir los secretos de esos duros silencios, convencida de que han prolongado en el tiempo las agonías de quienes fueron reales, de carne y goce y duelo, y que sin embargo pasaron por la vida destinadas a ser un prescindible recuerdo de salón durante generaciones.

Sí. Las ganas de contar y dejar una constancia de ese pasado son más fuertes que el peso de los viejos pudores propios y familiares. Por eso procuraré, a través de estas páginas, recorrer y comprender los silencios de mi abuela, su convicción y fe religiosa, su paso al bando de la revolución y

claro, sus amores. Pero hay más. Tengo la impresión de estar retrocediendo el almanaque vertiginosamente, aunque esta obsesión de mirar atrás no significa que la vida me haya detenido como a una estatua de sal. Todo lo contrario: quiero mirar el pasado para reconocirme en mis nuevas sensaciones, para comprobar que soy tan singular como lo fueron ellas y para saber que he encontrado mi puesto en la vida. Como lo encontrara por ejemplo mi desafiante y controvertida tía Leonarda, que tras la fachada de una desdeñable cursilería escondió, hasta que aparecí yo, aventuras vitales que me conmovieron hasta el tuétano.

Ninguna de ellas está más y han pasado incontables primaveras, pero tengo la certeza de que ellas bien podrían ser protagonistas de todas las estaciones del presente y del futuro, tan complicadas, tan controvertidas, tan libertarias y al mismo tiempo tan conservadoras como he descubierto que fueron todas y cada una de ellas.

Hacía mucho tiempo que no escuchaba las voces del pasado. Al menos no con la insistencia con la que hoy, por arte de un hombre, me alborotan el alma. En realidad los primeros años de mi tímida independencia estuvieron contaminados por una sobredosis de cordura, porque mi único afán era culminar mi carrera universitaria. Y no es que ahora haya dado un vuelco radical en afanes y predilecciones; simplemente, he agregado placeres que me han conectado de manera irremediable con este pasado que intentaré comunicar.

Sumergida en mis dulces y agrios recuerdos sentiré otra vez las palabras balsámicas de mi abuelo. Me volveré a convencer de la fascinación que ejercieron mi madre y la política en mi progenitor. Ya empiezo a escuchar otra vez los relatos de la Guerra del Chaco y los sueños frustrados de la generación de mi padre. Seguro que me encontraré en el camino con la reminiscencia de Teodora, mi niñera quechua, y en ese trajinar por el ayer ella me dirá en susurros cuentos de aparecidos, de princesas incaicas, de duendes altiplánicos, y de diocesillos protectores de los mineros en sus socavones. ¿Serán mágicos como antes? ¿O acaso sólo era la candidez de la infancia la que me permitía el privilegio de imaginar seres encantados? ¿Volarán los duendes por las montañas enigmáticas?, ¿Aparecerá el *kharisiri* para asustar a las solteras de Pusa-Pusa? ¡Quién sabe! Pero sé

que tendrán el don de devolverme a mis primeros años, junto al intenso olor a chocolate en tardes familiares, de amor y de aguacero.

Son muchos los viajes que tendré que emprender para llegar hasta el fondo de mi repaso. Iré a la Toscana luminosa de mis antepasados; caminaré por el París grisáceo de sus otoños imperdibles, que es como se me fijaron los días parisinos en el almacén de los recuerdos; también caminaré por la *rive gauche* y entraré a deambular por los jardines del museo de Rodin para capturar los secretos de mi tía. Luego, ya en mi país, montaré a caballo por los dominios de mi abuela; pelearé junto a ella por esos campos que la revolución le quiso arrebatar; volveré a la ciudad de mi infancia y, desde mi escondite estratégico en la vieja casona familiar, me enteraré de algunos secretos guardados bajo siete llaves. Sé que volveré a sentir los incontrolables celos y púberes envidias cuando compruebe otra vez que mi prima Valentina tenía los senos más lindos que los míos. Irremediablemente, también tendré que atravesar por las oscuras cárceles de la dictadura. Y, por si fuera poco, reviviré, junto a ustedes, episodios recientes que cambiaron nuestro mundo.

Siento que me ha sacudido una fuerza capaz de hacerme comenzar de nuevo, de impulsarme a algo que siempre le había tenido miedo. A dejar una constancia que será leída por otros. Peor aún, ellos, quienes se topen con estas líneas, podrán también juzgarme, incluso mis hijas. En todo caso aquí estoy frente a una hoja en blanco y con muchas ganas de mirarme a los ojos y encontrar los de mi abuela. Toda esta vivencia sensual, que tocó profundamente mi conciencia, ha sido capaz de inducirme a caminar por senderos externos e internos hasta desentrañar el misterio central de las mujeres de mi familia. Esa fuerza, esa luz, tiene rostro, voz, mirada inquisidora y tierna, cuerpo y manos: se trata de un hombre prohibido que acaba de descubrir mi ombligo y mi fuero interno.



*Hacia mucho tiempo que no escuchaba las voces del pasado. Al menos no con la insistencia con la que hoy, por arte de un hombre, me alborotan el alma... Ya saben, un hombre prohibido descubrió mi ombligo, que se parece al de mi abuela porque está conectado a mi clitoris por curiosos e inexplicables recovecos.*

“Tardes de lluvia y chocolate” es la saga de una familia de cepa italiana que emigra a Bolivia, arropada sólo del coraje de los que queman sus barcos, acompañada de sus secretos e ilusiones y el inocultable erotismo y la pasión de sus mujeres. El relato cubre todo el siglo pasado y comienzos de éste. Los acontecimientos históricos gravitantes son también el escenario que acompaña a la formación de las raíces familiares. El juego de la vida de algunos personajes, permite a la autora extraerlos de momentos intensos de la Europa de la época. La novela tiene pinturas muy bien logradas de una Bolivia abigarrada y provinciana. De la tragedia europea que se viste de negro con el fascismo italiano, de azul en la guerra civil española y de uniforme pardo con la llega del nazismo. Y recoge pedazos heroicos de la lucha latinoamericana contra las dictaduras y por las libertades.

El talante guerrero y la afilada personalidad de las mujeres de la estirpe, echan sus tintas matriarcales a lo largo del relato. Los temas que se guisan en la olla literaria de Amalia Decker, son interesantes y conmovedores, y este tono discurre por la novela de principio a fin. La receta combina el relato de las luchas por las utopías sociales, con la sensualidad y el sutil erotismo de las protagonistas. Los secretos de aquellas largas tardes de lluvia generosa y de chocolate espeso y caliente, son desvelados por unas descendientes. Ella en los albores de nuestro siglo, descubre no sólo las epopeyas de sus antecesoras, sino también los secretos placeres –de la mesa y del lecho– que heredaron de la primera de ellas, la que trajo el alma italiana a la bucólica Cochabamba de principios del siglo XX.

ISBN: 978-99074-49-02-3



9 789907 449023